

**Carlos Miguel HERRERA, *En vísperas del diluvio. El gremialismo socialista ante la irrupción del peronismo*. Buenos Aires, GEU, 2019, 146 pp.**

*María Paula Luciani\**

Fecha de recepción: 18-04-2021  
Fecha de aceptación: 21-05-2021

Hace una década, un colega dijo: "Se escribió Sindicalismo y peronismo (aludiendo al clásico de Del Campo). Hay que escribir Socialismo y peronismo". La agenda de investigación desarrollada en el pasado lustro por Carlos Herrera, catedrático de la universidad de Cergy-Pontoise y cofundador de la Red de Estudios sobre el Socialismo Argentino (RESA), podría servir de evidencia de que aquel comentario informal era en rigor un diagnóstico sobre el campo historiográfico de entonces. De un lado, se veía a la historia de las izquierdas y de los trabajadores tomando impulso en el nuevo siglo, sumando interesados, eventos, publicaciones y redes. Del otro, la explosión de estudios sobre el primer peronismo se corroboraba en los renovados temas de interés de investigadores experimentados y en las tesis de la generación en formación. Así las cosas, la preocupación por la comprensión de la crisis del socialismo en el país a la luz del fenómeno peronista se perfilaba como un corolario necesario. En vísperas del diluvio... se ubica en esas coordenadas.

De alguna manera, este trabajo y *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)* (2016), del mismo autor, recogieron ese sayo. Ambos podrían ser vocales de un diptongo en que late una convicción: el derrotero de los puntos ciegos, fortalezas, interpretaciones y posicionamientos del socialismo en el mediano plazo muestra que el peronismo no fue la causa de su crisis. Esta mostraba signos desde la década previa y anidaba en el problema de cómo entender la relación entre actividad partidaria y gremial y cómo y en qué términos concebir la politización de la acción sindical. Como todo libro es a la vez leído en virtud de las preocupaciones del autor y de las inquietudes del lector, agregó: una historia del socialismo en sus múltiples dimensiones (partidaria, gremial, cooperativa...) da mejores claves para entender la génesis, construcción y permanencia de "el hecho maldito",

---

\* Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo (UMET). Argentina. E-mail: mariapluciani@gmail.com

que también debió administrar esos dilemas. De allí que resulte natural la inclusión de este volumen en la colección La Argentina Peronista, dirigida por Gustavo Contreras.

Ahora bien, si en *¿Adiós al proletariado?...* Herrera recorre un espinel que se desliza por los años '40 y '50 del siglo XX, privilegiando como objeto al socialismo en tanto estructura partidaria, *En vísperas...* puede entenderse, a la vez, como su precuela y su complemento, aunque sea una obra que cierra sobre sí misma. Precuela, pues los desvelos del autor no se centran tanto en el período peronista y su *aftermath*, sino en los laberintos del socialismo en las etapas previas, sobre todo buscando el hilo de Ariadna en el "tiempo corto" y acelerado del período 1943-1946. Complemento, porque aquí el centro de gravedad está en el gremialismo socialista antes que en el partido. Si bien el primer renglón del escrito reza: "Este libro trata de la historia del Partido Socialista en el movimiento obrero" (p. 11), pues no podríamos entender uno sin el otro, mirada desde otro ángulo la afirmación transparente que las tensiones entre ambas esferas de acción tenían el suficiente peso como para que necesitáramos un análisis específico de ese socialismo que sucedía fuera del Comité Ejecutivo Nacional, pero dependía de él.

Además, esa línea simple y sugerente con que Herrera inaugura la obra resuena en el cierre. En los Agradecimientos, dedica *En vísperas...* a Hernán Camarero, brindando una clave de lectura para el público. En ese pasaje, asocia los intereses de Camarero con la historia del movimiento obrero y se confiesa atraído por la historia de las ideas políticas, asumiendo que el libro no podrá ser etiquetado fácilmente en ninguna de las dos tradiciones. Es, en cambio, deudor versátil de ambas. En el libro se hacen presentes el partido y los gremios a partir de la recuperación de las ideas, análisis y voces de muchos de los referentes que, a través de herramientas como la prensa gremial, partidaria, la redacción de documentos y folletos, etc. buscaron respuestas en una Argentina en transformación. Ese material, junto con entrevistas y obras de dirigentes socialistas, conforma el acervo documental del trabajo.

El libro está organizado en seis capítulos. El primero, resulta fundamental al instalar el problema de la "política de la prescindencia" y remontarse a 1918 para situar su origen. Articulada por Juan B. Justo, esta se anunciaba como un reconocimiento de las especificidades de la acción partidaria, gremial y cooperativa. Esto podía ser visto como la posibilidad de no subordinación de las actividades sindicales a la dirección partidaria, pero se fue plasmando en los hechos en un esquema en que el gremialismo aparecía como el terreno de las reivindicaciones inmediatas mientras el partido habilitaba el juego político capaz de producir verdaderos cambios, poniendo como prioridades el ejercicio ciudadano y la capacidad de modificar el orden a través de la sanción de leyes sociales.

El autor explora las exégesis de esta doctrina por parte de las generaciones posteriores, siendo un rasgo de todo el trabajo. El propio Enrique Dickmann ya se molestaba a comienzos de los '30 por precisar el sentido de la dichosa "prescindencia". No se trataba de que los sindicatos

fueran “neutrales” -incorrecto en un contexto que tornaba inevitables los pronunciamientos- sino de que mantuvieran su saludable “autonomía”. En consecuencia, los sindicalistas no debían llevar el gremio al partido, pero sí colaborar en la difusión y en la formación socialista dentro del movimiento gremial (pp. 22-23). Nítida como podía parecer la distinción del ilustre dirigente, no será sencillo maniobrar en ella cuando, andando la década, el robustecimiento de la actividad gremial socialista se constatare en sectores como el de servicios, comercio, municipales y ferroviarios y el comunismo desplegara otro tipo de articulación entre partido y movimiento obrero. ¿Esos dirigentes de raíces sindicales verían la partida parados alrededor de la mesa?

Los años '30 arrojaron varios reacomodamientos. Desde el crecimiento del número de diputados socialistas de origen gremial en el parlamento hasta la influencia creciente de una figura como la de Francisco Pérez Leirós, líder de los municipales y diputado varias veces reelecto, un equilibrista digno de estudio que, sin quitarle centralidad a su rol partidario, comenzaba a usar el poder que venía del movimiento obrero para glosar la “prescindencia”. Con el desembarco del socialismo en la conducción de la CGT en 1935, la tensión entre los roles gremiales y partidarios prometía complicarse. Allí, Herrera observa: “los cambios de táctica no tenían tanto que ver, [...], con el resurgimiento de un ala izquierda y la posterior ruptura del PSO, sino con el peso que el movimiento obrero estaba alcanzando en la vida política argentina” (p. 28).

Los capítulos 2 y 3 son el lado A y B de la crisis socialista y levantan los principales debates de fines de los '30 e inicios de los '40 en la conducción de la CGT y sus eslabonamientos en el socialismo. En el capítulo 2, dedicado a la crisis “interna”, la lupa se pone sobre el discurrir de los alineamientos en torno a dos referentes claves del movimiento obrero socialista: Pérez Leirós y José Domenech -de la Unión Ferroviaria (UF)-, que cristalizaron en la famosa división de la CGT en la antesala del golpe de 1943. Mientras el secretario de los municipales se mostraba más cercano a la línea que coadyuvaba a la acción política de los sindicatos, Domenech privilegiaba la neutralidad sindical en las luchas electorales como garantía de unidad en espacios como el de la principal central obrera. La línea de Pérez Leirós invitaba a acercar la lucha por la democracia a la lucha obrera, entendiendo que las libertades democráticas eran condición de la libertad sindical y dándole el tono a su concepción sobre la politización. Asimismo, esa aproximación le permitía continuar elogiando la importancia de la labor legislativa del PS -tan cara a su fisonomía-, criticar la persecución al comunismo y perfilar una postura antifascista. Del otro lado, la corriente Domenech se mostraba refractaria al divisionismo que podía generar el probado dinamismo de los comunistas en el movimiento obrero. Si bien logró no quedar completamente barrido por este cisma, el PS no pudo evitar que le cayeran encima las astillas gremiales, a lo que se agregaba su propia necesidad de metabolizar la relación con el comunismo en el terreno político al negociarse el armado de

la Unión Democrática. Retrospectivamente, podemos ver que las palabras de Justo eran una piedra en el zapato.

En cualquier caso, la piedra se vuelve menhir en el capítulo siguiente, al entrar en juego lo que Herrera llama “el desafío de la estatalidad”, clave de la crisis “externa”. ¿Cómo procesaría el gremialismo socialista el giro de una política netamente represiva del gobierno militar del '43 a una de expansión del Estado y fortalecimiento del área de Trabajo, observable a fines del primer año de gestión? ¿Qué podía suceder si en lugar de verse al Poder Legislativo como vía privilegiada de acceso al Estado, éste mostraba la potencialidad del Ejecutivo no como represor sino como impulsor de una transformación estatal compleja con efectos políticos, institucionales y sociales? El capítulo nos lleva por el impacto de las decisiones estatales en la relación entre la CGT 1 y 2 y sus desiguales destinos. Además, grafica a través de itinerarios elocuentes, cómo fue el péndulo de Ángel Borlenghi (dirigente de comercio) con la Secretaría de Trabajo y Previsión (STyP), la volatilidad de la coyuntura y la dificultad del PS para ordenar el comportamiento de sus líderes gremiales.

Los capítulos cuarto y quinto despliegan el conocido clima del 44/45, cuando el movimiento obrero hizo gala de su cintura, acercándose y alejándose de Juan Perón, pero Herrera lo repone desde las lecturas y tácticas socialistas. La sangría de su gremialismo se hizo sentir desde 1944 y si bien la primera reacción fue la diatriba y la denigración personal de los “traidores” como Borlenghi, J. A. Bramuglia (asesor de la UF y discípulo de Mario Bravo) y J. M. Freire (dirigente vidriero), comenzaron a articularse interpretaciones más reflexivas sobre el “colaboracionismo” (pp. 66-68) y sobre cómo repensar el rol del movimiento obrero en la evolución de los partidos (ver las intervenciones de Alfredo López en pp. 94-95) junto a estrategias puntualmente dirigidas a resistir el accionar gubernamental en el movimiento obrero: organización de grupos “democráticos” dentro de gremios intervenidos o atraídos por la STyP, sindicatos paralelos, reactivación de la comisión partidaria para la coordinación gremial, visibilización internacional de la crítica al accionar de la CGT, etc. Así, varios gremios defecionaron de la CGT hasta sumirla en una auténtica crisis en septiembre del '45, aunque esto no restó dureza al desenlace del octubre más famoso de nuestra cronología para las huestes socialistas.

Herrera mantiene el equilibrio entre el impacto que el proceso tuvo en los círculos partidarios y la necesidad de comprender de manera situada las actitudes de los gremios. El análisis del capítulo 4 sobre los casos de la Unión Obreros Municipales y del Sindicato Obrero del Calzado es un zoom para asir las derivas de las reapropiaciones de la vieja “prescindencia” en este contexto, solo comprensibles al considerar las particularidades de sus máximos dirigentes y las trayectorias y condiciones objetivas de cada organización. En otras palabras, el autor admite que no es dable considerar bajo los mismos términos la estrategia partidaria y el comportamiento gremial ante el germen peronista. Mientras el

PS pudo definir un posicionamiento de manera más o menos célere, a nivel gremial había otras cosas en juego. Había sido el partido el que otrora considerara que los sindicatos fueran “prescindentes” políticamente como la mejor fórmula. Era el partido también el que ahora comenzaba a deslizarse hacia la “resistencia activa”. El PS debió mostrar sus reflejos en el desarrollo de estrategias para la recuperación y defensa de su peso en algunos sindicatos y ello tuvo correlato en su organización al renovarse el organismo gremial partidario y promoverse la integración de equipos de abogados asesores y nuevos cursos de formación (p. 85). Parecía que esta vez el partido prestaba seria atención a cómo anudar su ligazón con el movimiento obrero. Sin embargo, el polo propositivo seguía estando allí. No a la inversa.

En el capítulo final se analiza el lugar asignado al gremialismo en la estrategia electoral de febrero de 1946 y, tras la derrota, se introduce en las aristas del perfeccionamiento del papel del PS en la articulación de la oposición gremial, considerada un terreno medular de la batalla contra un gobierno catalogado como totalitario, pese al rostro obrero dado por la “máscara del Laborismo”. La resultante sobresaliente de este proceso fue ni más ni menos que la liquidación del principio de “prescindencia” en el XXXV Congreso del PS en julio de 1946, sumándosele el requerimiento de agremiación a los afiliados. La dirigencia pasaba a comandar que no se dejara al socialismo en la puerta del sindicato. Es más, alentaba la agremiación pidiendo se hiciera constar los datos en las listas de afiliados de sus centros (p. 122). En ese tren, la interpretación de que era posible recuperar ascendiente en la CGT explica la aparición del Comité Obrero de Acción Sindical Independiente (COASI) en 1947. Este buscó erigirse como enlace entre las organizaciones “libres” frente al avasallamiento de la autonomía sindical y tuvo un importante papel en la conflictividad huelguística del primer mandato de Perón, junto a la USA y la FORA.

Entonces, esta es la historia de cómo no podía escribirse un estudio sobre el gremialismo socialista sin considerar de manera permanente al PS. Quizás allí haya una clave para comprender algo que Herrera apunta con agudeza: los dirigentes sindicales que cruzaron las aguas en medio del diluvio no lo hicieron usando su identidad socialista como aval de la fórmula laborista. En medio del vértigo, se sumaron antes como “trabajadores” que como ex PS (p. 137) al mismo tiempo que éste les quitaba su carácter de “verdaderos trabajadores”. ¿Señal de que el partido no estaba pudiendo conciliar cultura partidaria y cultura sindical? ¿Signo del peso de los padres fundadores de la fuerza *vis a vis* las posibilidades de interpretar el cambio de época? ¿Sería acaso que, del otro lado del río, se había pescado esa sutileza que iba a transformar la “estatalización de la acción sindical” en nudo gordiano de otra politización posible para los trabajadores? Qué gusto cerrar un libro con estos entripados.